

Gerardo Seguel

Un poeta imagen de su pueblo

La vida y la obra de Carlos Pezoa Véliz



AS jóvenes generaciones de escritores y artistas chilenos han acogido firmemente el compromiso de reanimar la vida y la obra de un poeta que por su obra y su vida constituye uno de los más sólidos eslabones entre el pueblo y la cultura; un hombre que dedicó toda su existencia creadora a sentir y expresar al pueblo chileno.

Hijo de los acontecimientos de su época, Carlos Pezoa Véliz, no se divorció de ellos para adquirir su magnitud; por el contrario, si llegó a ser grande es porque los obedeció sin reservas. Por eso es que ha conquistado a las generaciones posteriores y hoy nos enorgullecemos llamándonos sus descendientes y aspiramos a continuar incansablemente su obra, en la densa atmósfera actual y con el sello de nuestro tiempo. Hijo humilde de nuestra humilde tierra, Pezoa Véliz, no renunció a ella para hacerse artificialmente univer-

sal. Y si, burlando su muerte prematura, su nombre ha llegado hasta otros países, es porque en él va incluida inseparablemente la fisonomía de su suelo natal.

Si eludimos asfixiarnos en un universalismo abstracto, que no nos ahogue tampoco el limitado horizonte de la tierra nativa para impedirnos comprender que la obra de Pezoa Véliz es inseparable de las corrientes que en su época invadían a Chile, provenientes del mundo entero y de Europa en particular.

He aquí, pues, una alianza de admirables virtudes, que constituyen la riqueza fundamental de su herencia y que reclaman imperiosamente su actualización en nuestras vidas.

Aparece en la vida, Pezoa Véliz, cuando el romanticismo languidecía en Chile, sin haber logrado realizarse plenamente con toda su energía demoledora, soñadora y creadora, por falta de un terreno social maduro para su desarrollo; es decir, por falta de una burguesía nacional y un pueblo formados en el seno de una vida industrial y aptos, por lo tanto, para cultivar las instituciones democráticas. Pero no se habían extinguido, ni se extinguirían jamás los ecos de aquella heroica generación, «liberal en la política y romántica en la literatura», como la define Vicuña Mackenna y que Domingo Melfi ha bosquejado admirable-

mente en torno a la elocuente figura de Lastarria; generación que fué toda una poderosa llama ideológica, alta incluso para nuestro tiempo. Balmaceda fué el último y más completo ejemplar de esta estirpe admirable.

En el nuevo clima ideológico universal del realismo naturalista, que en Francia ya había producido a Zola, es que nacen en Chile Carlos Pezoa Véliz y Baldomero Lillo, estos dos seres humanos que constituyen casi una idéntica actitud social. Llegaron muchos años después que Zola en Francia, porque el naturalismo tenía que esperar que, primeramente, Chile llegase a una atmósfera social apropiada para su crecimiento. Y ésta se produjo sobre las ruinas, vivientes entonces y vivientes hasta el día de hoy, de la obra de Balmaceda, el Presidente mártir, perteneciente como Bolívar, Manuel Rodríguez y Bilbao, a la numerosa estirpe americana de los Hércules derrotados; viene cuando el pueblo chileno nace a la vida política; cuando comienza a diferenciar su destino del de los administradores tradicionales de la nacionalidad; cuando el pueblo de Chile se interrogaba duramente por qué permitió el derrumbe de Balmaceda, el estrangulamiento de Bilbao, la amargura de Lastarria; cuando formulaba el arrepentimiento por su indiferencia ante ellos, adhiriendo a toda clase de audaces doctrinas reivindicacionistas e incubando sus primeras organizaciones democráticas de masas; cuando amanece ya ligeramente el proletariado como clase a través de numerosos cen-

tros, sociedades, cooperativas, etc., y cuando una inquietud social, ligeramente impregnada de anarquismo, preparaba el hervor que más tarde se manifestó altivamente en 1920, y que ahora, ante nuestros ojos, prepara su día decisivo.

* * *

Observemos la vida de Pezoa Véliz, leamos sus libros, «Alma chilena» y «Las campanas de oro», recorramos sus prosas, y veremos en su existencia literaria y en su vida, reflejándose al pueblo chileno de su tiempo, encontraremos a la sociedad de su época formulando su imagen como en un espejo.

En su obra está el sello de la vida humilde, los caracteres de la explotación del pueblo; está la ironía popular con que los explotados suelen defenderse de su adversario; está el cansancio de los derrotados por un enemigo más poderoso; el desaliento de los vencidos transitoriamente; la indolencia de los humildes que no logran aún divisar el sendero de su destino, y a la vez la rebeldía popular, germinando, en los que ya comienzan a buscar su porvenir, que no puede nacer sino del combate. Todo ello está en Pezoa Véliz, en su obra y en su vida, amalgamados de acuerdo con las dimensiones que cada uno de estos elementos ocupaba, en su tiempo, dentro de la sangre popular. Si todo este

entrettejido de caracteres lo encontramos en la obra de Pezoa Véliz, es porque su propia sangre participaba de ellos y de allí—bien lo sabemos—es de donde se transmite hacia el poema o hacia la prosa literaria a través de un cauce natural.

Pezoa Véliz no fué ajeno, ni a los vicios, ni a las virtudes del pueblo chileno. A veces suele vagar por las fondas de la Alameda en una noche de Navidad y bebe, como cualquiera de los obreros chilenos en día festivo, «hasta quedar—según su propio testimonio—completamente borracho». De esta naturaleza participa su poema «Brindis al beodo»:

«No escupáis a los beodos que perecen,
aturdiendo en el vino sus dolores.
Si odiáis a la embriaguez, odiad las flores
que ebrias de sol en las mañanas crecen».

Y también este fragmento de «El organillo»:

«Para el dolor de los vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

también hay un consuelo. El pobre
suele encontrar quien le entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergón de la vivienda».

La indolencia y resignación de Pezoa Véliz, con ligeros pretextos filosóficos, no es sino la fisonomía espiritual de nuestro pueblo en una época en que estaban muy vivas y muy fuertes las cadenas de la ciega explotación feudal; es la vida del campesino sometido al patrón todopoderoso, que no se borra totalmente del habitante independiente de la ciudad. Ellos se encarnan en Pezoa Véliz, cuando escribe en su poema «El pintor Pereza»:

«La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre... ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...»

Cuando este mismo pueblo inauguraba su descontento, Pezoa Véliz permitió que este sentimiento, que era también suyo, encontrara su imagen en su poesía y su actividad poética produjo entonces su «Entierro de campo», «Teodorinda», «Nada» y «El organillo», donde encontramos las verdaderas raíces del problema social del vagabundo de nuestra tierra: el obrero cesante y el campesino despojado de su propiedad, que recuerda:

«Cuando la tierra era buena;
cuando no había patrones
que hicieran siembras de penas

y vendimia de pulmones.
Cuando el amo aun no había
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre».

La situación de los obreros del salitre, en esa época anterior a las grandes huelgas, anterior al nacimiento de la Federación Obrera de Chile, antes que surgiese Luis Emilio Recabarren, es dibujada por Pezoa Véliz en las siguientes palabras de su prosa:

«Rostros enharinados, caricaturas humanas, payasos ambulantes con las babas caídas. Todo un semestre de sudor sobre la pampa, arrojado a la voracidad de la prostitución en una noche».

Nació Pezoa Véliz entre los primeros ecos desengaños de la guerra del Pacífico y vivió ante los años más amenazados por un conflicto con Argentina y es por eso que en su poema «Pancho y Tomás», escribió:

«¿Dónde está? Cuatro años idos...
La guerra... Morir, matar...
Una tarde los bandidos
de kepí y dormán vestidos,
asolaron el lugar.

Pancho se fué. Los sargentos
daban orden de partir;
iban cantando. Los vientos

repetían los lamentos
de las madres. ¡A morir!
¿Por qué la guerra? La tierra
no es de Pedro, ni es de Juan.
Desde el mar hasta la sierra
el amo es dueño. A la guerra
los amos no van, no van.
Y los hombres que peleamos,
de esta y otra patria, son
todos víctimas con amos . . .
Somos pobres. Nos amamos
y peleamos en la acción».

Dicen que Pezoa Véliz perteneció al Partido Liberal Democrático, allá donde anidaban las cenizas ideológicas del Presidente Balmaceda; pero en realidad él convivió con la herencia viva de Balmaceda, con la inquietud social que germinaba ya, abundantemente, a plena luz y con cierta actividad. Estas formas ideológicas recientes no habían encontrado aún una acción colectiva organizada y por eso nuestro primer poeta popular, el que inaugura la poesía social en Chile, tuvo más bien la actitud de un franco-tirador. He aquí un juicio suyo que no ha perdido completamente su actualidad:

«La Constitución es hoy un libraco de páginas polvorientas, de letra oxidada y lomos raídos. Sus ho-

jas amarillentas son letras a plazo fijo contra los dineros del pueblo.

«Hace algunos años fué elegido presidente de la Cámara Joven el distinguido político don Fulano de Tal. Era un personaje de gran talento, pero de pequeña estatura. Pero el ingenio de los hombres tiene recursos originales. El pequeño presidente de la Cámara corregía las deficiencias de su estatura, colocando tranquilamente en su asiento (¿Lo creéis?) la Constitución Política de la República de Chile...

«Vino de esos manejos sacrílegos una frase irrespetuosa de los mozos encargados del aseo... «La Constitución está en asiento del señor presidente».

«La frase era fuerte, pero simbólica».

No era fácil para Pezoa Véliz encontrar una salida, un camino para la situación del pueblo, con los materiales ideológicos que en Chile había dentro de su época. Pero él no dejó de intentarlo.

* * *

Dijimos que Pezoa Véliz nace del oleaje mundial del realismo naturalista, pero él—como en Rusia Máximo Gorki—cruzó esos límites. Por su audacia ideológica y por haber sido, no un simple espectador de la vida, sino un ser a plena actividad, penetró hasta una zona de la vida que hoy es la nuestra: el rea-

lismo activo; el hombre visto desde el pasado, el presente ya la luz del porvenir; el mundo y sus partes comprendidos en su trayectoria; el realismo dinámico.

Veamos, por ejemplo, algunos poemas de Pezoa Véliz: «El tren» no es para él un instrumento con una determinada cantidad de detalles; no se caracteriza por su forma, por el humo y sus pitazos, como, por ejemplo, en Bórquez Solar, sino por su velocidad; un fenómeno que no puede ser representado, sino relacionándolo con el medio, con su atmósfera. Por eso es que escribe:

¿Dónde van los campos grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países,
donde el hombre los espera.

A la orilla de un estero,
donde hay cauces angustiados

.....

Los cuadros que se reemplazan
en desfile vagabundo,
etc.

«El entierro» no es, para este poeta, solamente el ataúd y la fosa, el llanto y las paladas de tierra; sino que incluso el paisaje, que para Pezoa Véliz toma también actitudes de llanto, los hombres que lo acompañan y sus

vidas, el muerto y lo que él fué, los que quedan, los que le seguirán, etc. El mundo no es para Pezoa Véliz un arsenal de objetos limitados, divorciados unos de otros; sino un sistema de relaciones, fenómenos internos y externos a la vez; próximos y lejanos simultáneamente; pasados, presentes y futuros a un mismo tiempo. Por eso él se inicia en lo que hoy ya es una conquista para la poesía chilena—aunque nuestra poesía haya tenido que pasar previamente por una etapa de dispersión—buscar al hombre en todas direcciones.

El naturalismo creía que la verdad consiste en la exactitud y que la exactitud está formada por todo un estático bosquejo de detalles. El realismo actual participa de los conceptos proféticamente formulados por Engels hace ya unos cincuenta años, cuando dijo que la verdad no consiste en la exactitud, sino en «coger y esbozar la vida en sus aspectos esenciales».

He aquí una razón más para que Pezoa Véliz sea nuestro, para darle colocación en medio de nuestra más genuina juventud.

* * *

Pero recordemos que no es fiel heredero aquél que se satisface con conservar lo que recibe, sino aquél que percibe su subsistencia interior, su contenido vital, la dirección de su destino y que lo cultiva de acuerdo con los nuevos acontecimientos que rodean nuestra exis-

tencia. No seremos fieles a Pezoa Véliz, ni depositarios leales de su herencia, conservando mecánicamente sus métodos literarios y su forma de pensar, ni adoptando una actitud de pasivo amor a nuestra tierra; sino combatiendo por cultivar, extender y aumentar el contenido de su existencia; por incorporar nuestra tierra y el pueblo que ha engendrado a las luces más apropiadas que nos llegan desde todo el mundo en la gran batalla actual por la liberación del género humano, como lo hubiera hecho Pezoa Véliz si su juventud estuviese hoy ubicada junto a nuestra juventud. Sus herederos legítimos, sus continuadores auténticos no serán sino los que den cabida en su existencia a la vigorosa y firme marea del presente que imperiosamente nos solicita con su oleaje solemne, heroico y poderoso.